



Un poco de teología pagana

San Isidro del Estiércol y otros Niños Santos

FEDERICO PAZ

ILUSTRACIÓN: ANAHÍ MARAVAL

Los mitos de infinidad de pueblos narran cómo sus divinidades han derramado en el suelo lágrimas, semen, saliva, sangre... y cómo sobre sus restos, en todos los casos, han brotado unos seres sombrerudos y multicolores que se reproducen por esporas y que contienen en su carne el conocimiento que a los dioses les ha permitido gozar de la inmortalidad. Algunos fueron incluso mas allá, reconociendo que las variedades mágicas de sus hongos eran los dioses mismos. El *Stropharia cubensis* es hoy conocido en Oaxaca (México) como San Isidro Labrador, denominación que reemplaza a su nombre mazateco original: *di-shi-tjo-le-rra-ja*, que significa "hongo divino que nace del estiércol". Los cristianos deberían haberlo llamado: "isidro santo que nace del estiércol", para hacer referencia, además de a su santidad, a su ubicación en el mundo natural.

*"Ustedes son, en realidad, esporas sensoriales.
Estas esporas sensoriales, despertadas por la ingestión de esporas,
son sus boletos para el circo interdimensional."*

(José Argüelles)

El dios animal, el dios vegetal y el dios interior.

Hasta el siglo VI a.C la religión popular de Grecia giraba en torno al sacrificio y la comida en común de un animal ritual. De este tiempo de pastores traemos todavía la costumbre de comer nos a las vacas y de matar a los toros en la arena, quizá para demostrar quienes eran los nuevos machos de la vaca, mientras que ellos a nuestras mujeres ni siquiera las podían tocar, exceptuando las seis que todos los años recibía en su laberinto el Minotaur como compensación.

A partir de estas fechas, sin embargo, hay una explosión de lo que podríamos llamar el “vegetarianismo ritual”, pues en aquel siglo surgieron muchísimos hombres divinos con un gran respeto por toda forma de vida animal: Buda, Mahavira, Lao Tsé, Zoroastro, Confucio, Pitágoras. De hecho, es sabido que los cultos pitagóricos y órficos mantenían un estricto régimen vegetariano donde, sobre todo en estos últimos, se consumía en contextos rituales un vegetal sagrado, el Soma, que podemos identificar casi con seguridad con el hongo *Amanita muscaria* y al que, según cuentan Hofmann y Schultes, ya en el *Rig Veda* de la Antigua India se lo conocía como “fundamento del cielo” o “sostén de las alturas”, y era considerado él mismo como un Dios. Con el paso del sacrificio animal al vegetal, el hombre estaba entrando en una nueva etapa evolutiva. Luego, en la posterior época helenística y gracias al conocimiento que el Soma impartía a sus adeptos, el paganismo místico estaba ya tan evolucionado que el dios se había vuelto interior.

En el mundo romano, en el que luego se iría integrando el mundo griego, los dioses de los vencidos pasaban casi sin alteraciones a formar parte del panteón de los vencedores; y además se aceptaban allí a todos los cultos siempre y cuando no interfiriesen demasiado con el culto oficial. De hecho, si se perseguía al cristianismo no era porque se tratase de un culto diferente, sino porque se oponía a todos los demás y reivindicaba para sí el monopolio religioso.

Pasaron los años y en el 380 el emperador Teodosio cerró un acuerdo de gobernabilidad con Dámaso y Pedro, respectivamente obispos de Roma y Alejandría. El cristianismo ahora, además



de culto monopolizador, era culto oficial, y el anteriormente oficial paganismo fue desde entonces combatido con saña.

No obstante, el tránsito –abierto a todos- entre los estados humano y divino, quedó para siempre vivo en la memoria de las células de nuestra especie, pues durante siglos los humanos estuvimos sacrificando al dios vegetal, alimentándonos de él en los misterios de iniciación, y reconociendo en él nuestra naturaleza inmortal.

Sin duda los evangelizadores cristianos debieron de haberse quedado un poco sorprendidos, pues no había sido suficiente con erradicar el Soma de los misterios de iniciación, sino que en cada nuevo sitio al que llegaban a traer la palabra y la cólera del nuevo Dios separado de la naturaleza, se tenían que volver a encontrar con infinidad de dioses que brotaban en el seno de la naturaleza y en la misma forma de honguito que el Soma lo había hecho en otro tiempo.

En Mesoamérica, el Santo Oficio de la Inquisición tuvo que decretar que el consumo de hongos constituía una herejía. Y, de hecho, tenían razón pues consumirlos era lo mismo que unirse a un dios diferente al suyo en una suerte de multiplicación de seres divinos que atentaba contra su pretensión de monopolio.

El combate tradicional de las iglesias y los gobiernos contra las plantas de poder tiene su raíz justamente en que mediante su consumo, aquellos con un alto grado de conciencia, energía y pureza, podían comprenderse a sí mismos como dioses que nada le debían a los sacerdotes ni a los reyes, tan sólo la veneración mutua que supone reconocer la divinidad también en el otro.

La reconexión con nuestra familia orgánica

Cuando uno prueba del cuerpo de un Dios, se hace uno con Él. Eso y no otra cosa representa el sacramento de la comunión: el hombre uniéndose al dios vegetal a través de su ingestión.

La diferencia entre la comunión pagana y la cristiana radica básicamente en que la primera producía efectos reales y se hacía tras una larga preparación en los contextos místicos, mientras que con la llegada del nuevo culto el sacramento se volvió puramente simbólico, siendo una especie de “efecto placebo” a través del consumo de una hostia que en la liturgia representa el cuerpo de Cristo.

Pero a diferencia del consumo ritual de hongos, sólo entre grandes místicos se ha registrado que el sacramento

cristiano produjese comprensiones profundas y reales sensaciones de pertenencia al Cosmos entre los comulgantes. En las misas diarias ya no era el hombre el que participaba de la inmortalidad, sino un dios único y excluyente exterior al hombre mismo. Había sumisión y reverencia frente a la magnificencia del Todo unificado, sí, pero ningún cosquilleo por sentirse creador y partícipe de semejante totalidad.

Esta comunión con el Universo a través de los regalos de los dioses, si se popularizase, haría que muchas industrias como la cárnica y la de la guerra también perdiesen su fuerza, pues nadie permitiría que se esclavice o torture a otro ser integrante de nuestra familia orgánica, sea su naturaleza humana o animal.

Ahora bien, el mundo de los santos vegetales es mucho más amplio que el de las plantas de poder. Digamos que éstas, como su nombre indica, son sólo las más poderosas, las más visionarias, pero en definitiva el maíz, la uva, el tabaco y tantas otras especies también han sido y son veneradas como dioses en muchísimas culturas agrarias. En el caso de los hongos, desde antiguo sus denominaciones hacen claramente mención a su origen divino.

Entre los aztecas estaba el dios Xochipili, príncipe de las flores y guardián de los hongos sagrados, a los que ellos llamaban *teonanácatl* que en lengua náhuatl significa "carne de los dioses". Los chamanes lacandones de la actual Chiapas, por su parte, ofrendan también hongos alrededor de centros ceremoniales como el de Palenque, donde sigue creciendo hoy día mucho San Isidro, y también la amanita, a la que sus ancestros mayas relacionaban con el dios Rajá Kakuljá que gobierna a los duendes de la lluvia. En fin, podríamos continuar con esta lista de asociaciones entre hongos y dioses hasta el infinito.

Ahora bien: ¿qué tipo de dios son los hongos?

Así como al peyote y a la achuma se les representa como a abuelos implacables y a la ayahuasca como a una abuela sabia hija de un matrimonio sagrado, el del hongo es más bien un dios joven que se divierte con los juegos. A veces es capaz de dejar colgado en su mundo de visiones durante años a alguno que quizá no hizo la suficiente pu-

rificación previa. A otro, probablemente lo mande a luchar descalzo contra hormigueros enteros o a colgarse desnudo de los árboles junto con los monos. A un tercero, quizá lo ayude a creerse pájaro después de haberle hecho sintonizar durante horas con la vibración de alguno de estos seres presumidos y orgullosos de sus bellos plumajes.

Sin embargo para nosotros, que habitualmente andamos aislados en nuestras propias mentes y en asuntos exclusivos de humanos, la conexión real con un animal que previamente no fue domesticado es todo un despertar. Luego es necesario hacer un sostenido trabajo en pos de integrar nuestros fragmentos en la unidad primordial de la que las plantas

Entre los aztecas estaba el dios Xochipili, príncipe de las flores y guardián de los hongos sagrados, a los que ellos llamaban teonanácatl que en lengua náhuatl significa "carne de los dioses"

Para un pájaro, que siempre está conectado con los otros pájaros y con el resto de los integrantes del reino animal, sentir nuestra vibración sintonizada a la suya puede resultarle de lo más natural, pues seguramente no hace grandes diferencias entre los humanos y otros seres sin alas que no pueden darle fácil alcance.

sagradas participan para tener por fin el derecho a reclamar, en tanto dioses que ya somos, nuestro lugar único en el panteón universal y multicultural.

Desprogramando la cadena de fragmentaciones

Si hasta ahora hablamos de que la fuerza del peyote reside en parte en el des-



ierto mismo y que la magia de la aya-huasca surge del corazón de la selva, pues bien, la fuerza y la magia del hongo residen en que ellos están conectados a cada uno de los seres que componen la familia orgánica, incluyéndonos a los humanos, por supuesto, pero también a plantas y animales. Algunos humanos lo suficientemente sensibles hablaron incluso de conexiones directas de las plantas hasta con rocas del tipo cuarzos.

Asumiendo entonces que la familia orgánica es una sola, desde mi opinión es recomendable ir dejando las drogas químicas producidas en laboratorios humanos, pues ningún bioquímico ha estado ensayando y corrigiendo los defectos y las dosis de sus productos durante milenios, como sólo la naturaleza lo pudo hacer. La inteligencia de este ser asociado en todas las culturas del mundo a la Madre Tierra, y en la moderna cultura científica a Gaia, ha evolucionado durante miles y millones de años logrando que aún hoy en las zonas donde no hay fuertes interferencias mentales ni tecnológicas, miles de especies animales, vegetales y minerales permanezcan en una profunda comunicación.

Una sustancia activa de origen natural recrea nuestra conexión con ese surtido de especies unificadas, la antigua familia orgánica a la que pertenecemos y de donde surgimos.

Es el hongo, y no el LSD, el que ha crecido a golpes de agua y de sol y el que quizá posea la frescura que otorga tener apenas un día de vida. Ha observado a algunos animales acercársele y comerse a su vecino más cercano, como aquel pequeño oso de la película de Jean-Jacques Annaud que por accidente se come una *Amanita muscaria* y se queda tirado en la hierba flipando con mariposas psicodélicas.

El asunto es que nuestro hongo, por la tarde, está subido encima del estiércol de buey (pues el sacrificio del Soma descende del sacrificio de la vaca), nos ve pasar y nos hace señales.

Él también quiere comulgar con nosotros y para eso se nos ofrece en sacrificio. Nosotros, a diferencia de cuando sacrificamos animales, no sentimos su miedo sino su poder mientras usamos el cuchillo de madera. Y así, fresco, lo consumimos luego de asegurarnos de su autenticidad y de su falta de veneno. Esta es la forma en que quizá



se encuentran dos seres vivos que crecieron bajo el mismo sol: humano divino y santo vegetal.

En los laboratorios, por el contrario, faltan la luz natural y la aventura de la espора que cayó del espacio y al unirse con la tierra brotó. Falta su encuentro con nosotros. No hay tampoco mito alguno que nos oriente sobre la unión con mundos artificiales, apenas una muy breve historia de hace tres o cuatro siglos a esta parte, cuando capitalistas y obreros dejaron los campos y los bosques para vender su fuerza de trabajo en las fábricas de la ciudad. Desde entonces se ha ido fragmentando nuestra conciencia, previamente integrada en la naturaleza, lo que ha producido a su vez en los integrantes de nuestra especie una fragmentación interna, al punto de que si un día decidiéramos pegarnos un tiro, en realidad lo que estaríamos cometiendo sería un suicidio en masa. Las sustancias producidas artificialmente lo que hacen es ahondar en esta cadena de fragmentaciones, no así las plantas de poder, que en muchos casos son capaces de mostrarnos el camino de regreso de las peores adicciones.

Si no nos purificamos, es posible que con el hongo no se produzca la habitual desidentificación momentánea con el ego, lo que podría magnificar aún mas nuestra percepción fragmentada, por

eso éste tiene un cierto peligro si uno no se acerca a él con suficiente energía limpia. Una vez cumplido este único requisito, comprenderemos por qué a la utilización real del hongo la haya hecho famosa una sabia curandera mazateca y no un culto organizado: porque el secreto del hongo, igual que el de Cristo, es que ambos se han dedicado a la curación.

Decía María Sabina:

“Yo veo a los hongos como niños, como payasos. Niños con violines; niños con trompetas; niños payasos que cantan y bailan a mi alrededor. Niños tiernos como los retoños, como los botones de las flores; niños que chupan los malos humores, la sangre mala, el rocío de la mañana. El pájaro que chupa la enfermedad, el chupamirto bueno, el chupamirto sabio, la figura que limpia, la figura que sana. Les canto a los enfermos: aquí están mis hojas medicinales, aquí están las hojas para curar. Soy la mujer relámpago, la mujer águila, la sabia herbolaria. Jesucristo, dame tu canto”.

Notas

1 Fernando Benítez. *Los indios de México*. Biblioteca Era. México D.F., 1989.

En los próximo número:

Daime Santo, firmeza en el amor